

Encuentro con MÃ³nica / Ana MarÃ­a Shua

El centro y la peatonal habÃ­an cambiado muchÃ­simo, se habÃ­an convertido en un barrio pobre, marginal. Ya no era el lugar adonde su madre iba a comprar ropa de invierno antes de volver a Buenos Aires. En aquella Ã©poca, para las compras habÃ­a que aprovechar un dÃ­a de lluvia, y como todos hacÃ­an lo mismo, cuando llovÃ­a las calles y las galerÃ­as del centro de Mar del Plata estaban atestadas de mujeres que palpaban ansiosas las prendas de lana, arrastrando con ellas a sus hijos, a los que todavÃ­a estaban en edad de dejarse arrastrar, para que se probaran de mal humor los famosos pulÃ©veres.

Ã Ã Ã Ã Ã Ahora las galerÃ­as agonizaban, condenadas por los shoppings. Ahora las calles comerciales eran GÃ¼emes y Alem, pero Ãl habÃ­a insistido en alojarse cerca de la plaza ColÃ³n, de la playa Bristol, donde habÃ­a estado el departamento de sus abuelos. La confiterÃ­a Boston resistÃ­a, sÃ³lo que ahora era una sucursal: la Boston se habÃ­a convertido en una cadena. Las medialunas, por suerte, seguÃ­an siendo buenas, casi tanto como en su recuerdo. En esa zona de la ciudad los negocios exhibÃ­an en sus vidrieras solamente souvenirs baratos, higrÃ©metros violetas con forma de pez, collares de caracoles, chafalonÃ­a de metal y piedras brillantes, sandalias de plÃ¡stico, pobreza. En la Rambla de la Bristol se veÃ­an cuerpos oscuros, sudorosos, pantalones de gimnasia con la raya blanca al costado, trajes de baÃ±o viejos, deslavados, pelos duros y lacios, teÃ±idos de amarillo. Estaban por todas partes. La ropa de los jÃ³venes se habÃ­a uniformado y sin embargo se los reconocÃ­a; como siempre, eran ellos, los pobres del mundo. Se odiÃ³ a sÃ­ mismo por el matiz de desprecio que habÃ­a en su mirada. Por ellos habÃ­a militado, por ellos se habÃ­a ido del paÃ­s, por ellos vivÃ­a en Madrid desde el aÃ±o 76. Â¿Por ellos? QuÃ© mentira. Ya no podÃ­a engañarse a sÃ­ mismo con el desparpajo y la inocencia de la juventud. Y, sobre todo, Â¿ellos? Â¿AsÃ­ pensaba Ãl, ahora? Â¿Ellos y nosotros? Â¿Desde cuÃ¡ndo? El Provincial y el Casino estaban igual que siempre, por lo menos de afuera.

Ã Ã Ã Ã Las ramblas, en plural, era Barcelona. La Rambla era aquÃ­, en su casa. La ciudad que habÃ­a sido su casa cada verano de su niÃ±ez y su adolescencia. HacÃ­a casi cuarenta aÃ±os que no volvÃ­a a Mar del Plata, a la Rambla. Casa tomada. Los balnearios de la Perla, Punta Iglesias, la Popular, la Bristol eran de ellos. Pescadores, Las Toscas. CaminÃ³ dejÃ­ndose llevar por la masa humana. Ahora buena parte de la Rambla estaba ocupada por una especie de mercado persa, puestitos en los que se vendÃ­an supuestas artesanÃ­as, pero sobre todo remeras estampadas, ojotas de goma, bolsos de colores chillones, exhibidos en un revoltijo destinado a exaltar su bajo precio. Y gente, gente, gente. Ellos. Los pobres. Que ahora, decÃ­an las estadÃ­sticas, refregÃ­ndoles en la nariz el fracaso de su generaciÃ³n, eran la tercera parte del paÃ­s. Lo peor, quizÃ¡s, era el miedo. HernÃ¡n supo que les tenÃ­a miedo. Se justificÃ³ pensando en la respuesta de Ettore Scola cuando le preguntaron por quÃ© habÃ­a pintado de esa manera a la gente en la pelÃ­cula *Brutos*, feos y malos. Si yo pensara que la pobreza hace mejor a la gente, no serÃ­a de izquierda, contestÃ³ Scola. Pero yo no soy de izquierda, supo HernÃ¡n. Y lo supo en plural, como se decÃ­a en EspaÃ±a: un tÃ­o de izquierdas. El mundo era un lugar muy raro, la historia era un devenir caÃ³tico, delirante, siempre inesperado, y Ãl ya no creÃ­a en las soluciones que en otro tiempo le habÃ­an parecido difÃ­ciles de alcanzar pero tan indiscutibles, tan perfectas.

Ã Ã Ã Ã Antes del TorreÃ³n se terminaba el mercado y se aliviaba la circulaciÃ³n. El TorreÃ³n estaba lindo. Con un cÃ¡ber, claro. Pero tambiÃ©n con su confiterÃ­a de siempre, modernizada. TomÃ³ un cortado mirando el mar. Los surfistas eran tambiÃ©n algo nuevo. Flotaban apacibles, en espera de una buena ola. El mar era el mismo de siempre: nunca azul, en varios tonos de verde lejos de la costa y amarronado en la orilla. Con sÃ³lo mirarlo podÃ­a sentir en la piel el frÃ­o del agua del AtlÃ¡ntico sur, que alguna vez le habÃ­a parecido estimulante.

Ã Ã Ã Ã Y mientras comparaba las imÃ¡genes de su recuerdo con las de la realidad, no pudo dejar de percibir una mirada que se le clavaba en la cara sin pudor. En una de las mesas del fondo, una seÃ±ora de su edad, entrada en carnes (carnes que rebalsaban apenas la sisa de una musculosa demasiado apretada), lo miraba intensamente, con ternura. Le devolviÃ³ una mirada distraÃ­da, apenas suficiente para constatar que no la conocÃ­a.

Ã Ã Ã Ã Sin embargo, ella se levantÃ³ y fue hacia Ãl como si la atrajera un impulso magnÃ©tico. TenÃ­a una cara simpÃ¡tica redondita, con los cachetes caÃ­dos, el cuello arrugado y lindos ojos claros.

Ã Ã Ã Ã âÂ¿No me reconocÃ©s? âle dijo en voz bajaâ. No lo puedo creer. Â¿Pero viniste!

Ã Ã Ã Ã HernÃ¡n entrecerrÃ³ los ojos para eliminar los elementos superfluos que esa cara habÃ­a logrado reunir a travÃ©s los aÃ±os, intentando develar la sobria perfecciÃ³n que debieron tener alguna vez sus rasgos.

Ã Ã Ã Ã âLa fogata, la playa, Â¿nuestra promesa!

Ã Ã Ã Ã âÂ¡MÃ³nica! âcasi gritÃ³ de pronto HernÃ¡n.

Ã Ã Ã Ã Esos ojos. Â¿CÃ³mo podÃ­a haberlos olvidado? Aunque no se acordara de la promesa. MÃ³nica se sentÃ³ a su mesa y pidieron cerveza. Como en los viejos tiempos, se rieron los dos, cuando la cerveza se bebÃ­a solamente en verano. Retomaron la conversaciÃ³n como si se hubieran visto ayer. Hablaron de las fogatas en la playa, recordaron las canciones folklÃ³ricas que estaban de moda en aquella remotÃ­sima Ã©poca, Â«La SalamancaÂ», por ejemplo, Â¿quiÃ©n se acordaba ahora de Â«La SalamancaÂ», o del Â«Puente PexoaÂ»? Y HernÃ¡n se enterÃ³ (pero disimulÃ³ que se estaba enterando) de que alguna vez se habÃ­an prometido encontrarse en el TorreÃ³n, un cinco de enero, a las seis de la tarde.

Ã Ã Ã Ã âTe demoraste un poco âsonriÃ³ MÃ³nica.

Ã Ã Ã Ã âTreinta y nueve aÃ±os y una hora âdijo HernÃ¡n.

Ã Ã Ã Ã âYo vengo todos los aÃ±os âconfesÃ³ MÃ³nica, con una sonrisa hermosa que puso en relieve las mil arruguitas bordeaban sus ojos y que las hizo olvidar al mismo tiempo.

Ã Ã Ã Ã âYo vivo en Madrid. Es la primera vez que vengo a Mar del Plata. Pero ya ves, estoy aquÃ­- âpor pura casualidad pensÃ³ HernÃ¡n, pero no lo dijo.

Ã Ã Ã Ã âTenÃ©s un poco de acento espaÃ±ol.

â€”Esto no es nada, tendrías que escucharme putear. Lo primero que me sale es jolines y después, leches. Y o
Hablaron de los amigos comunes. Del Flaco, del Colorado... Eran amigos de las vacaciones, de Mar del Plata, y
Hernán no había sabido más de ellos. Mónica, en cambio, parecía estar enterada de todo.
â€”El Colo se casó con un gato.
â€” !Noooo! Y vos sos mala también,  c mo sabés que era un gato?
â€” !Si   mismo lo contaba, de lo más orgulloso! Y lo peor fue que después de tener hijos la mina engord , p
engord  de verdad, se convirtió en un tanque australiano. Al que le fue muy bien es a Jorge,   te acordás de Jorge?
â€” !Y el Flaco?
â€”Lo mataron, como a tantos. Vos sabés.
â€”Hernán sabía. Y no tenía ganas de avanzar en el tema. Mónica se dio cuenta y la conversación se desvi 
hacia ellos, hacia su pequeña historia.
â€” ! Te acordás cuando me llevabas en el caño y nos ca mos?
â€”Hernán no se acordaba de la ca da, pero sí de la bicicleta. Esa bici había sido su primer vehículo propio, su
primera y gloriosa sensación de independencia. Se la había comprado con sus ahorros, todo lo que gan  trabajando
varios meses en el negocio de su abuelo. Su adorada bicicleta azul, la mejor, la más veloz, la que lo llevaba a la
velocidad del pensamiento por las calles de Mar del Plata.  
â€” !Claro que no te acordás! â€”dijo M nicaâ€”.  !Porque la que se rasp  todo el brazo fui yo!  !Y a vos c ?
 !Te recibiste?
â€”Me recibí, pero no me sirvió de mucho.  !Qué iba a hacer en España con el título de abogado?  !Y vos
casaste?
â€”Ah, mir  qu  t pico â€”dijo Mónica, rebeldeâ€”. Yo te pregunto si te recibiste y vos me preguntás si me ca
especial para mujeres. Hice muchas otras cosas interesantes además de casarme, de tener hijos.  !Y hasta un nietito!
â€”Te casaste con otro... â€”le contest  Hernán, en broma.
â€”Pero Mónica no sigui  la broma. Algo en ella cambi , algo en su expresión, en su forma de mirarlo.
â€”Me cas  con otro, sí. Pero... no debería decirte esto y sin embargo... Ahora que ya no importa... Me cas 
otro pero nunca dej  de quererte.
â€”Hernán se sobresaltó y trat  de quitarle fuerza a la confesión que Mónica había hecho en voz muy baja, casi
un murmullo, pero con un acento tan intenso, tan verdadero, que por un momento no supo cómo responder. Afuera el
sol estaba cayendo. Era una atardecer hermoso y triste.
â€”Pero, Mónica, éramos tan chicos. Te enamoraste de un recuerdo... Qu  sabés quién soy yo, en qué n
convirtiend...
â€”No me digas así. No me quites la ilusión. Qué me importa cómo sos ahora. Vos sos mi amor imposible.  !
olvidaste de nuestros besos en la playa?
â€”No. Hernán no se había olvidado.  !Cómo olvidarse de la primera bicicleta, de los primeros besos, de la pasi 
enloquecida y contenida de la adolescencia? Durante años apenas había pensado en Mónica, pero ahora el recuerdo
se abalanzaba sobre   como una ola gigante que lo arrastraba a mar abierto, lejos de la playa, lejos de la costa, a una
zona donde la libertad era enorme, ilimitada, y la memoria brillaba y todo era posible. De un solo golpe de ola, toda su
historia se deshizo, los castillos que había construido a lo largo de su vida se transformaron en arena húmeda, su vida
en España se redujo a un largo paréntesis sin sentido, y se entregó a ese sentimiento extraño que ya no podía negar,
supo que también para  , de una manera subrepticia, arrastrándose por debajo de la realidad cotidiana, olvidado y al
mismo tiempo presente en cada acto de su vida, también para   Mónica había sido su amor imposible, la única
certeza en este mundo.
â€”Comprendió en un instante enorme que cada uno de los besos que había dado en su vida había sido apenas
una imitación de los únicos besos verdaderos, los de Mónica en la playa. Porque era la boca de Mónica, sus labios
jugosos que se abrían... como un damasco lleno de miel, pens , avergonzado y orgulloso al mismo tiempo, tan cursi,
 !pero acaso no es siempre cursi el amor? La letra de la canción parecía escrita para  , para ellos. Mir  otra vez a
Mónica, sus ojos inolvidables, inconfundibles, y supo que  se era su destino y que á lo había traicionado, trampeado.
 !se hubiera sido su destino y su lugar, el único verdadero: irse a dormir cada noche con Mónica, en los brazos de
Mónica, con esa mujer gastada, cansada, gordita, que debió ser la suya, la mujer que había buscado, ahora lo sabía,
en cada una de sus mujeres, sin encontrarla. Pens  en la piel de Mónica tan joven, tan dorada, tan salada en su
lengua, vibrante bajo la yema de sus dedos, y la dese  como entonces, como quizás nunca más había deseado nada,
dese  tocarla, sentirla, abrazarla.
â€” ! Otra vez, Marta?  !Ya le dije bien clarito que no la quiero ver por acá!  !La próxima llamo a la policía!
â€”Mónica se puso de pie casi con violencia, pero antes de irse garrapate  un teléfono en una servilleta. Se
despidió brutalmente, pero con una mirada tan cargada de promesas que daba pena. Ahora el encargado del local le
gritaba al mozo.
â€” ! En qué idioma te tengo que decir que no la dejes entrar?  !No será que vas con algo vos también? Dis
señor â€”hab ndole ahora a Hern nâ€”, esa mujer no me gusta, se va con los clientes y qué s  yo que pasa. Para mí-
les saca plata.  !ste no es un lugar de ésos.
â€”Es completamente inofensiva, yo no s  por qué el encargado no la quiere â€”le confi  después el mozo a
mientras le cobrabaâ€”. Al contrario. Los tipos consumen más y se van contentos. Y si les saca plata, qué. Se la ganar 
â€”mir  el número anotado en la servilleta y lanzó una risotadaâ€”. Qu  caradura, esta Marta. Es el teléfono de acá.
â€”Hernán recapituló la conversación con Mónica-Marta y se dio cuenta de que en ningún momento ella lo había
llamado por su nombre. Los recuerdos que habían intercambiado y completado entre los dos eran los mismos que
compartían con toda su generación. Mir  al mozo con una semisonrisa de complicidad.

Â Â Â Â Â â€”Me di cuenta en el acto. Pero me dio pena, pobre mujer, por eso le seguÃ- la corriente.

Â Â Â Â Â SaliÃ³ del TorreÃ³n con un nudo en la garganta y siguiÃ³ caminando por la Rambla. Playa de los Ingleses ahora se llamaba Varese, y habÃ-an conseguido ampliarla, una buena extensiÃ³n de arena.

Â Â Â Â Â ReconociÃ³ Playa Chica. Y en Playa Grande, la refinada y elegante Playa Grande, se quedÃ³ asombrado al ver el cordÃ³n blanco que encerraba los balnearios y los separaba de la marea humana. TambiÃ©n allÃ-, para llegar al mar los ocupantes de las carpas tenÃ-an que abrirse paso entre una multitud de gente desparramada sobre la arena, mate con facturas, churros rellenos, papeles aceitosos, gordas rebosando viejas mallas negras, muchachos petisos y morochos, en shorts de fÃºtbol, chicas con bikinis de lycra y pelo mal cortado. Antes, el cordÃ³n blanco no era necesario. Antes, los pobres se quedaban en su lugar. JamÃ;s se les hubiera ocurrido invadir Playa Grande.